Mientras escuchaba las primeras impresiones del forense, el inspector Néstor Páramo efectuaba un reconocimiento preliminar de la escena del crimen, con sus dos principales protagonistas todavía de cuerpo presente. El doble asesinato había tenido lugar la noche anterior, visiblemente durante el transcurso de una cena íntima, cuyos refinados ingredientes se hallaban dispuestos aún sobre una vasta mesa, emplazada al aire libre, en medio de la inmensa terraza superior de la mansión. El deslumbrante mantel que la cubría tremolaba suavemente por efecto de la leve brisa matutina. Las víctimas eran marido y mujer, ambos en la flor de la vida. Según las apariencias, se habían envenenado mutuamente, mediante sustancias distintas y difíciles de procurar, detalle que parece excluir el suicidio por acuerdo mutuo, para el que bastaba con una de ellas, pero que plantea la ardua cuestión contenida en la problemática simultaneidad de ejecución en que concluyeron dos procesos delictivos visiblemente distintos, preparados con sumo cuidado, durante un lapso sin duda considerable. La elección del mismo “modus operandi” también constituye una sorprendente coincidencia.

 Suele suceder que cuando una persona desea eliminar a otra, particularmente en el seno de la institución matrimonial, la inversa es también más que probable, incluso me atrevería a decir que harto frecuente, pero claro, ocurre las más veces que las intenciones de uno de los dos no llegan a conocerse jamás, porque fue el otro quien se adelantó en los hechos.

 La ausencia de vida aún no había conseguido apagar esa irradiación de luz y frescura que exhala la juventud. El empaque que debieron poseer causaría sin duda sensación cuando entrarían juntos en un local.

 - ¿Alguna pregunta?

 - Por el momento es suficiente. En cuanto haya cumplimentado la autopsia, le quedaría muy agradecido se sirviese enviarme una copia del informe completo con toda urgencia.

 El forense hizo un gesto de asentimiento antes de retirarse.

 El inspector se desabrochó el botón de la americana, apoyó los codos en la balaustrada y se puso a contemplar el mar desde aquella atalaya privilegiada. Luego, con ademán distraído, extrajo su móvil del bolsillo interior y escribió dos palabras: “Luna roja”.

 Por internet circulaban centenares de imágenes del fenómeno astronómico ocurrido la noche anterior.

 He aquí el espectáculo que contemplaron sus ojos mientras el veneno los hacía rodar hacia el abismo de la muerte. Una medalla incandescente en un cielo de tafetán.

 Páramo se mordió el labio inferior antes de esbozar una sonrisa resignada. La humana tendencia al mito podría ser nefasta para la carrera de un policía. Como siempre, detrás de este drama, hay una historia que reconstruir con el procedimiento de rigor. En eso precisamente consiste su trabajo. Entre los muchos hilos que se ofrecen al razonador, éste debe escoger el bueno e ir tirando de él.

 Lo que el inspector Páramo no podía imaginar en ese momento es que el hilo de marras pudiera llevar atada en su cabo una carga tan consecuente.

**II**

Cuando, a los trece años, le comuniqué por primera vez a mi padre, profesor de literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, mi intención de ser policía, éste no pudo sino responder con la pregunta por excelencia, “¿por qué?”.

 -Sí. ¿Por qué diablos policía? Cuando yo tengo en casa todos los libros y apuntes que hacen falta para hacer una buena carrera literaria. A lo mejor hasta llegarías a ser alumno mío y, si te portaras bien, podría incluso adjudicarte excelentes notas.

 -Quiero ser policía -argumenté con el aplomo de quien ha tomado ya una decisión firme de por vida- porque quiero escribir novelas de crímenes, como las de Conan Doyle.

 Mi progenitor sacudió la cabeza mientras doblaba el periódico.

 -Nunca debí dejar a tu alcance esa magnífica edición anotada de la Universidad de Oxford.

 En tal caso debió apartar también de mi camino los Edgar Allan Poe, los Dashiell Hammett, los Agatha Christie, los Dickens, los Simenon, etc., que engrosaban la nutrida bibliografía que poseía en el género.

 -Ahora, el mal está hecho -prosiguió-. Por otra parte, no conozco a ninguno de los grandes escritores del ramo que hayan sido, al propio tiempo, policías. Sé que Galdós solía acompañar a los comisarios e inspectores de Madrid en su labor de campo para familiarizarse con los procedimientos, pero eso es todo. Son dos oficios distintos, pimpollo. Y desempeñar dos oficios es siempre como tener dos sombreros y una sola cabeza, lo que plantea un conflicto permanente. He aquí el sentido del viejo proverbio latino: “No se puede servir a dos amos a la vez”.

 Con el tiempo, considero que mi viejo movía sobrada razón. No he llegado a la excelencia ni en un dominio, ni en el otro. Pero ¡qué carajo! No se puede decir que me haya aburrido mucho en este bajo mundo, el cual, además de sórdido, resulta tedioso para la inmensa mayoría. Y, mejor o peor, he dejado constancia, a uso de curiosos, de cosas que realmente han ocurrido. Menos da una piedra.

 Así pues, sin más tardar, y sin despilfarro de florituras retóricas, como tal vez hubiera deseado mi padre, paso a narrar el desarrollo de esas historias que presencié con estos ojos que se ha de comer la tierra.

 Cuando ingresé en el cuerpo en calidad de ayudante, se me adjudicó al equipo del inspector Esteban Mendoza.

 Esteban Mendoza podía pasar sin esfuerzo por la viva estampa del gaucho en traje de civil, del pastor de la pampa que, por necesidades del oficio, tuvo que enfundarse, como buenamente pudo, en una indumentaria presentable para poder patear las aceras de Buenos Aires sin llamar demasiado la atención. Sus enormes mostachos negro de humo y la endrina capa pigmentaria de su piel confirmaban al observador en tal opinión. Sin embargo, la realidad era otra, ya que Mendoza pertenecía a una de las familias aristocráticas de mayor abolengo y más antiguamente arraigadas en la ciudad del Plata, cuya historia se confunde con la de la nación de tan imbricadas que se encuentran ambas. Intelectualmente era cultivado y brillante, razonador al tiempo que intuitivo, cualidades que hacían resaltar las tablas que poseía en el oficio, el perfecto dominio de los protocolos y procedimientos de una investigación bien llevada, que él solía aproximar hasta los linderos de lo artístico, pero que, consciente de su leyenda, se empeñaba en encubrir con objeto de extraviar a los incautos que se dejan influenciar por las primeras impresiones y desarmarlos en el momento oportuno con una deducción o una reacción fulgurante y definitiva.

 No obstante, en la época en que integré su elenco de detectives, Mendoza daba la impresión de hallarse completamente desorientado, con la mente embotada o enmarañada ante un sinfín de hipótesis. Se enfrentaba a un adversario que no cometía errores y parecía disponer de una fascinación sin límites, operativa incluso después de una intensa campaña de prevención difundida a través de todos los medios de comunicación de la zona; la cual, por cierto, conociendo las supuestas dotes literarias que ya figuraban en mi historial, me encargó a mí, encareciéndome la importancia de contar únicamente lo que contribuyera a poner sobre aviso a la gente femenina, sin que filtrara algún dato susceptible de alertar, o instruir al habilísimo asesino, ante la posibilidad de ciertas maniobras policiales. En efecto, me encargué de aleccionar a los periodistas para que difundieran la idea de que el individuo en cuestión era, sin duda alguna, un tipo de ésos a los que se les permitiría comulgar sin confesión. Alguien que debía reunir en su fisonomía los rasgos de una marcada seducción viril, combinados con una aparente inocencia angelical. Muy probablemente se trataba de un hombre muy joven, casi un adolescente. Aquello se acercaba mucho a un retrato robot.

 Y sin embargo Mendoza parecía condenado a asistir, impotente, una y otra vez, al levantamiento de cadáveres de mujeres, atrozmente mutilados.

 Me estoy refiriendo al caso conocido como del asesino de la estación de Retiro, que levantó, por largo tiempo, una mala racha para la policía bonaerense y más precisamente para el inspector Esteban Mendoza, a quien tan sólo su inamovible reputación dentro del cuerpo salvó de ser relevado en la investigación, pero tuvo que soportar presiones indecibles por parte de la jerarquía e incluso provenientes de la cúspide política del país.

III

 Lucrecia Setembri, como todas y cada una de las mujeres que residían en las inmediaciones de la estación de Retiro, particularmente las jóvenes, vivía en un estado de permanente zozobra. El asesino estaba allí, bebiendo mate en la terraza de algún café, o tal vez tomando el sol sentado en el banco de un parque, o discutiendo con la portera de un edificio burgués, comprando el periódico en un quiosco, haciendo cola para entrar en un cine o caminando hacia casa con un pan bajo el brazo. En fin, que podía ser cualquiera.

 Lucrecia sumaba el agravante de tener que salir de casa, o regresar a ella, durante las horas nocturnas, en función de los turnos de trabajo establecidos por la empresa en que trabajaba como técnico de laboratorio. Lo cual, aunque ella lo ignoraba, no tenía la menor relevancia, pues la mayoría de las víctimas habían sido seducidas durante las horas centrales del día.

 El origen de su obsesión por Mario Aventino se debió a una pura casualidad. Aquella noche descendieron ambos del mismo tren y Lucrecia no pudo reprimir la necesidad de lanzar una rápida ojeada hacia los hombres que caminaban detrás de ella. Inevitablemente atrajo su atención la esbelta figura de Aventino. Como es lógico, volvió a mirar al frente y se dirigió, a buen paso, hacia la salida de la estación.

 En el vestíbulo de la misma, entre la multitud de pasos, distinguió unos que resonaban con una intensidad particular, justo detrás de ella.

 Ya en la calle, apretó todavía más el paso. Si hubiera pasado en ese momento un taxi, le hubiera hecho una señal al conductor para tomarlo. Pero curiosamente no se vislumbraba ninguno en ese lugar tan céntrico.

 Por más que se apresurara, el tableteo de los pasos la seguía de cerca.

 Entonces, amparada por el gentío, que era todavía numeroso, decidió detenerse bruscamente ante el escaparate de una tienda que resultó ser de lencería femenina, lo que la incomodó un tanto.

 El individuo en cuestión siguió su camino.

 Lucrecia aguardó un par de minutos, antes de cruzar a la otra acera. Luego tomó un atajo que la conduciría, incluso con mayor celeridad que empleando su itinerario habitual, cierto, más concurrido, hasta su domicilio.

 Aminoró el paso mientras consideraba la posibilidad de haber reaccionado de manera desproporcionada ante unas circunstancias que, bien mirado, no tenían nada de excepcional. Un hombre viaja en el mismo tren, desciende en la misma estación y camina detrás de ella, sencillamente porque ella acelera tanto el paso que no le deja pasar delante. Cuando al fin lo hace, el sujeto sigue su camino sin mirar atrás. La explicación es simple, una mínima parte del trayecto es común a ambos.

 Lucrecia se preguntó hasta cuándo iba a durar aquella sicosis. ¿Cómo era posible que la policía no fuera capaz de detener a un asesino que reincidía con tanta frecuencia y en un perímetro tan reducido, que nunca iba mucho más allá de las meras inmediaciones de la estación de Retiro?

Un tanto avergonzada de su miedo, decididamente prematuro, respiró hondo y trató de serenarse.

 Lo había logrado cuando emergió en la avenida principal en la que, no mucho más lejos, se encontraba su domicilio. El corazón le dio un vuelco al escuchar un tableteo familiar de pasos que le venía a la zaga.

 Sin poder reprimir el gesto, se volvió para mirar atrás. En efecto, allí estaba el tipo que la seguía desde la estación de Retiro. Sólo que no debía ser la primera vez y ya conocía su domicilio, así que había continuado sin detenerse, seguro de que iban a encontrarse en el mismo punto, ante la puerta de la escalera que conducía a su apartamento.

 En un arrebato irreflexivo, cruzó la calle mucho antes del paso de peatones. Afortunadamente se produjo un concierto de claxon, con multitud y variedad de timbres, pero ningún accidente.

 Una vez en la otra acera, olvidándose de todo disimulo, corrió lo más y mejor que pudo hasta franquear el umbral de la puerta de entrada a la escalera.

 La puerta no cierra, recordó con desesperación.

 No se hallaba el ascensor abajo y tampoco podía perder tiempo esperando a que bajara. Decidió afrontar, con zapatos de tacón alto, los peldaños de tres pisos; pero un asesino andaba pisándole los talones, así que no se lo pensó dos veces. Error fatal, comidió para sí, desesperada. Un hombre, con zapato plano, corre más. Y allí ya no podía ampararse en la multitud que pululaba por las calles.

 Sus más negros presagios se confirmaron cuando oyó que la puerta se abría de nuevo y que de la manga de un abrigo sobradamente conocido surgía una mano recia, huesuda, que se agarraba a la barandilla para aumentar el empuje dado al cuerpo con las extremidades inferiores.

 Todavía le quedaba un piso por subir. El escándalo que producían sus talones al golpear los peldaños de la escalera se asemejaba mucho al de la ráfaga de una ametralladora.

 Ya sin resuello, llegó al rellano del tercero. Revolvió en el interior de su bolso para extraer las llaves, que se mostraban renuentes a aparecer. Cuando ya se disponía a volcar el entero contenido en el suelo, se dignaron a mostrarse.

 Introducir la llave apropiada en la cerradura constituyó, en su estado, un trabajo arduo. Tras numerosos intentos fallidos, lo consiguió. Los pasos de su perseguidor sonaban ya en el último tiro de la escalera.

 El mecanismo del cerrojo volteó con un acorde solemne de crujidos y la puerta se abrió. Lucrecia se coló como una corriente de aire, logrando, no sin trabajo, cerrarla desde el interior.

 Dejó caer su espalda sobre el tablero de la misma. Le faltaba la respiración y el corazón amenazaba con salírsele por la boca.

 Donato, su prometido, que la estaba aguardando, como de costumbre, antes de regresar a su propio apartamento, donde vivía con su abuela, corrió, alarmado, al recibidor, para ver qué era aquello.

 Lucrecia lo miró con unos ojos que destellaban relámpagos de terror puro. Pero no podía hablar.

 Donato la agarró por los hombros y la sacudió.

 -¿Qué pasa?

 Haciendo un esfuerzo por dominar su azoramiento, alcanzó a musitar:

 -Un hombre. Me ha seguido desde la estación hasta la misma puerta.

 -¿La de abajo o la de arriba?

 -La de arriba.

 Donato hizo un gesto para apartarla a un lado, pero ella se resistió.

 -¡No!

 -¿Cómo que no?

 Y la asió de un brazo para quitarla de delante de la puerta, que abrió y salió corriendo, escaleras abajo.

 Lucrecia cerró de inmediato y aplicó su ojo a la mirilla. Arriba, se dijo, quizá haya continuado hacia arriba y esté todavía allí.

 Al cabo de unos minutos, Donato regresó.

 -No he visto a nadie.

 Lucrecia dudó un instante, pero al fin expresó su temor.

 -Es posible que haya seguido hacia arriba.

 Donato asintió y corrió en esa dirección. Lucrecia se quedó sola en el rellano, aunque, sintiendo que el pánico la invadía, corrió a encerrarse de nuevo. Como antes, aplicó el ojo a la mirilla y aguardó, procurando registrar el menor sonido proveniente del exterior. La luz se apagó, pero volvió a encenderse casi de inmediato.